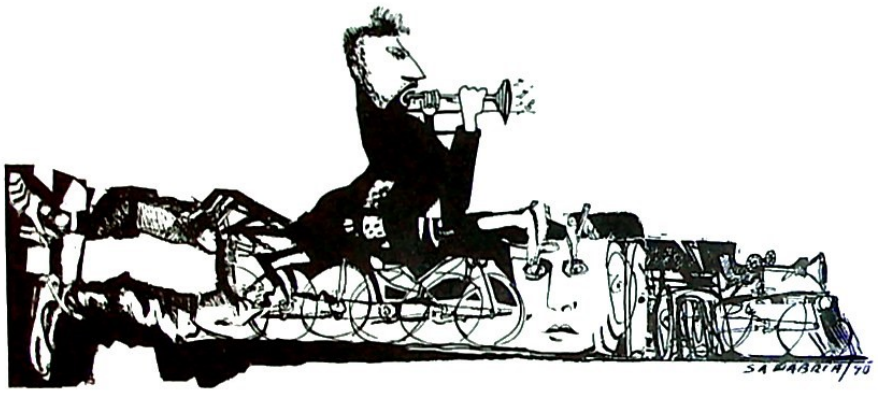
Viabilidad del capitalismo

JAIME COLLAZO ODRIOZOLA

La caída de los sistemas identificados con el socialismo provocó la euforia de sus adversarios, la desmoralización y el desconcierto de sus partidarios y la convicción generalizada de que la única forma de organización posible y viable en el mundo era el modelo ofrecido por el sistema capitalista. Intentaremos analizar algunos aspectos de esa proposición buscando elucidar su veracidad y, particularmente, la ubicación que correspondería a nuestros países en ese esquema.



De todas las formas de organización económica, social y política inventadas por los hombres para vivir agrupados y aprovechar las ventajas ofrecidas por la división del trabajo, la única *esencialmente* expansiva es el capitalismo. Otras sociedades se expandieron y formaron unidades sumamente amplias por autodefensa, afán de gloria u otros motivos diferentes, pero ninguna derivaba su expansionismo de la lógica de su funcionamiento. Si una sociedad capitalista produce cada año exactamente los mismos bienes, teniendo también la misma población, está en crisis. El capitalismo no puede reproducirse siempre igual; para que funcione adecuadamente debe crecer, es decir, cada año debe producir más de lo producido el año anterior. Esta particularidad le ha permitido ser la única cultura conquistadora del mundo entero por necesidad vital. ¿Es posible el crecimiento eterno e indefinido?

JAIME COLLAZO ODRIOZOLA. *Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM. Autor de* La naturaleza del conocimiento histórico, *UAEM, 1994.*.

Algunos mitos

Para evitar enredarse en la respuesta a esa pregunta ha sido necesario crear una serie de mitos, creencias y convicciones, buscando desviar la atención de ciertos temas básicos y hacer aceptable el sistema a todos. Las implicaciones más trágicas de esta situación recién empezaron a percibirse en este siglo XX. La identificación de crecimiento y desarrollo no es la menor. Observando el discurso oficial de cualquier país iberoamericano, descubrimos la permanencia de esa asimilación a cada paso, a pesar de lo mucho y muy contundente que se ha escrito al respecto y de la, para nosotros, rotunda evidencia histórica, puesto que el crecimiento nos ha traído el subdesarrollo, la deformación de nuestras economías, sociedades, países, por organizarlas en función de las necesidades de otros pue-

blos. Sin embargo, crecimiento, identificado con desarrollo, se convierte en la meta fundamental de toda sociedad capitalista, sea desarrollada o subdesarrollada. A las últimas, ahora, pudorosamente, se las llama "en vías de desarrollo", con ciertas rémoras mágicas, como si cambiando las palabras se transformara la realidad. Marginalmente, es interesante observar que nadie parece plantearse la pregunta ¿para qué? Los fines de la organización social, del Estado, de las medidas que se toman ya nadie los pone a discusión, como si existiera unanimidad en torno a ellos y se pudieran dar por supuestos.

Entre 1965 y 1980, los países iberoamericanos crecieron con las tasas más altas de su historia conocida, pero los problemas derivados del subdesarrollo no se corrigieron. Algunos se acentuaron. La crisis de la deuda externa de los ochenta, no solamente hizo perder gran parte de los supuestos beneficios de ese crecimiento, sino también nos mostró la otra cara del mismo: la mayor dependencia de los países ricos, la profundización del subdesarrollo, la transferencia de una parte creciente de la riqueza generada con nuestro trabajo para mantener los niveles de opulencia de las sociedades de los países desarrollados. Crecimos, pero no nos desarrollamos, sino más bien todo lo contrario. No es saludable olvidar que nuestra situación se generó en periodos de crecimiento, porque subdesarrollo no es atraso, es la evolución del aparato productivo de un país en función de las necesidades de una sociedad exterior. Atrasado es un país al cual no le afectó de ninguna manera el proceso de la Revolución Industrial, que sigue viviendo en la misma forma en que lo hacía a principios del siglo XVIII. Teóricamente está en mejores con-

LA HISTORIA DE EDMUNDO O'GORMAN

IN MEMORIAN

Don Edmundo O'Gorman construyó una historia sin la mortaja del escencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuesta necesaria causalidad. Planeó en atrevidos vuelos y desde el cercano mundo de la narrativa literaria observó el pasado y, tal vez —sólo tal vez, diría él—, logró tocar el origen del curso de nuestras mortales vidas.

La pluma del maestro está sujeta a la lectura de sus admiradores, de sus viejos y nuevos alumnos. Es lectura obligada en no pocos cursos universitarios nacionales y del extranjero pero, principalmente, es el placer de quienes buscan en sus textos una explicación de la historia que va más allá de la descripción documental: una historia, dice O'Gorman, espejo de las mudanzas en la manera de ser del hombre.

Quienes tuvimos la oportunidad de escucharlo, compartimos el gusto por la palabra, por el lenguaje construido en casi un siglo de aconteceres propios. La lengua de O'Gorman, absolutamente inexorable como es la característica de quien maneja el uso de la lengua como parte de sí mismo, se infiltraba indiscreta y juguetona en la reflexión personal de casi todos los asistentes a una u otra reunión o foro de historiadores. Seguramente sembró más dudas de las que se le exigía aclarar, porque Don Edmundo sabía reír de sí mismo y disfrutaba hasta colmar sus dudas de nuevas preguntas y cada vez más profundas reflexiones en torno al quehacer del historiador.

Edmundo O'Gorman ahora se encuentra en otro plano de reflexión. Y qué pena no escucharle de nuevo. Ilimitadamente legible hemos de escuchar sus risillas entre las palabras impresas de su obra y habremos de tocar con dulzura el placer de historiar en esa historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación.

En los muchos homenajes que se desprenden previos y póstumos a la evidencia de la muerte, deberíamos de reflexionar con él y buscar la manera de intentar la construcción de una historiografía como él la deseó:

> Una historia espejo de las mudanzas en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable.*

¡SALUD, DON EDMUNDO!

CECILIA SHERIDAN, **CIESAS**

* *Nexos*, julio de 1992.



diciones para iniciar un proceso de desarrollo, aunque a fines del siglo XX parece imposible que permanezca algún país en esa situación y, si lo hubiere, se nos hace imposible que pudiera desarrollarse normalmente como lo hicieron los países europeos occidentales.

La creencia de que todas las sociedades humanas recorren las mismas etapas en su desenvolvimiento es otra falacia tenida por verdad absoluta por los movimientos intelectuales tendientes a darle apariencia científica a la ideología de la burguesía, como la Ilustración y, fundamentalmente, su vigorosa continuación: el Positivismo. Sin embargo, a lo largo de lo conocido del proceso histórico de la humanidad, no hay indicio alguno que avale semejante confianza. Los nombres y las formas pueden cambiar, pero tanto las etapas de salvajismo, barbarie y civilización de Morgan, como los "estados" teológico, metafísico y científico de Comte, o los modos de producción de Marx, entre otros, no han sido más que coartadas ideológicas, tal vez inconcientes, para justificar la necesidad de expansión del capitalismo europeo, en momentos en que tanto sus mercados, como sus fuentes de materias primas fueron insuficientes para sostener el crecimiento inherente al sistema. Si en el siglo XVI, los españoles utilizaron la "verdadera" religión para satisfacer su necesidad legitimadora, en el siglo XIX, la burguesía laica utilizará la "civilización" en forma tan convincente que uno de los libros escrito y más leído en este continente se llamó *Civilización y barbarie*, para el cual "barbarie" era todo lo autóctono o mestizo; "civilizado" lo copiado a Europa. Pero no podemos ironizar con Domingo Faustino Sarmiento, su convicción era la generalizada entre los grupos privilegiados del continente; el éxito de su obra, como la ausencia de opositores claros a las tesis de la misma nos previenen contra cualquier intento de condena extemporánea. Su única peculiaridad fue haber plasmado en excelente forma literaria, lo que flotaba en el ambiente intelectual de la época. La insistiencia en su "misión civilizadora" llevó a Rudyard Kipling a titular uno de sus poemas: *La carga del hombre blanco*, en forma por demás elocuente. De acuerdo con esa ideología, toda sociedad se encaminaba hacia la "civilización", identificada con la cultura de europa occidental, la única que alcanzó ese nivel; sobre esa base, invadir, someter, explotar a territorios "atrasados", no era otra cosa que "ayudarlos" a acelerar el proceso de su "avance". Por esta razón aplaudió Marx la dominación inglesa de la India y la invasión francesa de México como "adelanto" para la humanidad y para la India y México respectivamente.

Datos históricos

De acuerdo con lo investigado por la mayoría de los especialistas que se han ocupado del tema, el capitalismo industrial nace en Inglaterra a fines del siglo XVIII y, a partir de allí, se va extendiendo a diversas regiones, primero a una pequeña parte de Europa Occidental y la costa norte de América, luego a Japón, el resto de América, la mayor parte de Europa, etc., hasta abarcar prácticamente todo el planeta. Muy claramente en África y algunas partes de Asia, más turbiamente en América Ibérica y otras regiones, fue impuesto por la fuerza. A nadie se le pidió el consentimiento. La aparente opción "libre" de los japoneses, se produjo luego de haber sufrido presiones y el bombardeo de uno de sus puertos. Pero no hay un solo indicio que permita inferir la posibilidad de un tránsito hacia el capitalismo de civilizaciones como las prehispánicas de América, la china, la india, las africanas, etcétera.

El caso japonés es altamente interesante, porque lo favoreció la pequeñez de su territorio y la ausencia de importantes reservas de aquellas materias primas requeridas por las potencias europeas y Estados Unidos. El ataque contra Japón fue para obligarlo a abrirse al comercio, pero no para saquear sus





riquezas naturales, ni para comprarle su producción de alimentos. Esa situación le permitió desarrollarse copiando el ejemplo de algunas naciones europeas. En cambio los países cuyo territorio poseía algunos recursos naturales necesarios para la industrialización europea occidental tuvieron menos suerte. Unos fueron conquistados militarmente y obligados a orientar su producción hacia lo que necesitaban los dominadores, como la mayor parte del África negra o el sur de Asia. Otros mantuvieron la independencia política, pero fueron inducidos a deformar sus aparatos productivos en beneficio de las necesidades de los estados industrializados, como fue el caso de los países iberoamericanos, los cuales ya practicaban formas culturales predominantemente europeas. En nuestro continente se llevó a cabo el primer ensayo de neocolonialismo, forma de dominación que a la larga surgiría como la característica del capitalismo industrial, en la cual no es necesaria la dominación política y militar, alcanza con el dominio económico, pronto extendido a lo tecnológico, lo cultural y, fundamentalmente, lo axiológico. Al introyectarnos su escala de valores, su modo de vida se nos convierte en el modelo a imitar. Nadie puede saber mejor cómo llegar a esa meta sino aquellos que ya llegaron, por lo tanto lo mejor que podemos hacer es seguir sus consejos y recomendaciones. Es normal, sin necesidad de sospechar ninguna mala fe, que sus recomendaciones sean por ellos consideradas como las más adecuadas, porque cambiando el punto de mira, las realidades se ven de manera diferente; pero no es tan claro que esas recomendaciones sean las más convenientes para nosotros, o al menos, para una parte considerable de nuestras poblaciones.

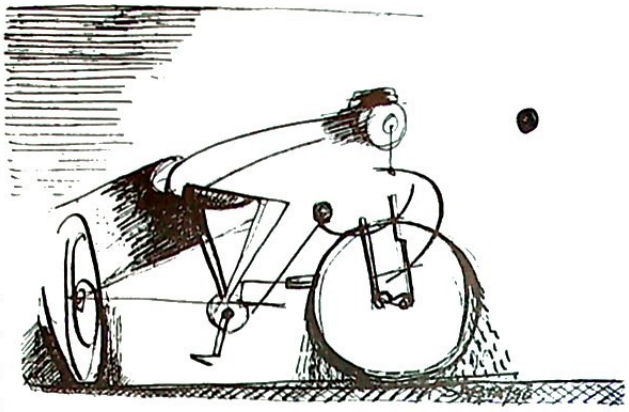
Ofreciendo altos precios por ciertos productos, lograban incitar la concentración del trabajo en ese rubro, generando el monocultivo. Esto ocurrió en la segunda mitad del siglo pasado, hasta 1929, cuando la crisis estructural del sistema capitalista monopolista provocó un repliegue de las potencias imperialistas, aflojando los lazos de dominación. En esa última fecha, los países dominados adquirieron mayor autonomía, con la cual debieron enfrentar problemas acrecentados. Durante la etapa anterior a la crisis, en líneas generales, la división internacional del trabajo se basaba en la existencia de unos territorios encargados de producir alimentos y materias primas mientras otros generaban los productos industriales para abastecer a todo el mundo. El esquema no impedía la apertura de ciertas industrias en los primeros, porque no cualquier industria genera desarrollo. En cada etapa de la Revolución Industrial ha habido actividades (conocidas como "industrias de punta") generadoras de nuevas tecnologías, las que luego se difundían a todas las demás ramas productivas. Durante la primera Revolución Industrial, la textil ocupó la vanguardia porque en torno a ella se generaron los avances técnicos y tecnológicos más importantes. En la segunda Revolución Industrial la vanguardia la ocuparon las industrias siderúrgicas y químicas. Para esta época, era factible que se abrieran fábricas textiles en áreas no desarrolladas, al no tener ya ningún efecto fecundador. La tercera etapa de la Revolución Industrial trasladará el carácter de punta a la investigación en energía nuclear, la computación y, en forma más problemática, a ciertas ramas de la biología. También la organización del capitalismo se modifica al mismo ritmo, produciendo una creciente concentración del capital generadora de los grandes monopolios.

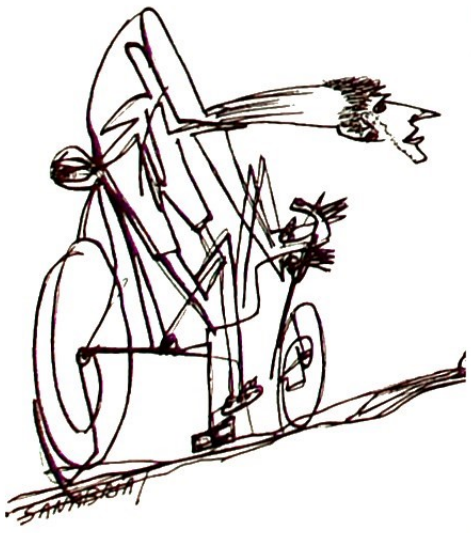
Intervalo nacionalista

La crisis de 1929 dejó a nuestros países sin compradores para sus tradicionales renglones de exportación. Al no vender tampoco se podía comprar. Los capitales extranjeros huyeron a sus países de ori-



gen, los empréstitos desaparecieron. La situación fue desesperada; sin embargo, existía una demanda para ciertos productos industriales, lo cual fue aprovechado por cierta fracción de los grupos dominantes para invertir parte de su dinero en la apertura de fábricas destinadas a satisfacer esa demanda. Esta transformación tendrá consecuencias de todo tipo para nuestras sociedades. Anteriormente, aquellas personas que producían los rubros exportables dominaban sus respectivos países. Para ellos era muy importante minimizar el consumo interno para poder vender más en el exterior. Era el grupo que más reinvertía en mejorar su producción. Pero cuando se quedan sin compradores, no tiene sentido la reinversión para obtener mejores resultados. Al perder importancia económica, van perdiendo poder político en sus respectivos países. Ese poder lo concentrarán los más despabilados, aquellos que aplicaron algunos capitales a la industrialización. Para poder desplazar del poder a los terratenientes, establecerán una alianza con los trabajadores. Hay una rigurosa lógica en esa asociación. El principal problema de los trabajadores era la falta de trabajo, la desocupación Quien arriesgaba su dinero para abrir una fábrica, era un benefactor, proporcionaba fuentes de empleo, no un enemigo como sostenían los marxistas, lo cual, adicionalmente, ayuda a entender su fracaso. La lucha de clases tomaba formas diferentes de este lado del Océano Atlántico. Pero también intentarán, muchas veces con éxito, la adhesión de gran parte de la burocracia y los sectores medios en general; porque si para los viejos terratenientes era conveniente mantener en un bajo nivel el consumo interno para acrecentar sus saldos exportables y su acumulación, para estos nuevos industriales —cuyos artículos eran de inferior calidad y mayor costo que los producidos en los países ricos, por lo tanto invendibles en el exterior— era imprescindible elevar el nivel adquisitivo de la población, el único mercado al que tenían acceso. En 1939 al estallar la guerra, se optimiza la situación al permitir vender todo lo producido, sin poder comprar nada. La industria de los países ricos estaba dedicada íntegramente al esfuerzo bélico. Era dable esperar que los problemas pudieran comenzar cuando, al terminar la guerra, volvieran a aparecer los artículos industriales de los países ricos. Pero ya para esa época, los nuevos industriales controlaban el poder político, con el cual impondrán la protección necesaria para evitar la competencia a su producción. El modelo, llamado de "sustitución de importaciones", se agotó porque, entre otras cosas, esos países nunca adquirieron independencia tecnológica y las importaciones de bienes de capital devinieron más onerosas de lo que lo habían sido las de artículos de consumo. La circunstancia de crecer a partir de la demanda preexistente, en lugar de hacerlo desde la oferta, como lo habían hecho los países ricos, tampoco estimulaba la preocupación por la creación de tecnologías propias. En muchos casos, la situación de casi monopolio dentro de sus mercados, unida a la imposibilidad de ganar otros, operaba como contraincentivo para la preocupación por elevar la productividad. Lo que antes se exportaba ahora se vendía a menor precio y quienes lo producían, convertidos en grupos subalternos, ya no tenían el mismo interés en optimizar y multiplicar su producción. Rubros como la explotación minera pasaron casi íntegramente a empresas extranjeras. Cuando, como en el caso mexicano, en 1938, se expropiaron los recursos del subsuelo, el cártel del petróleo, formado por los monopolios petroleros más grandes del mundo, podía sumir al país en una crisis económica intensa, porque controlaban los mercados, con lo cual, México no encontraba compradores.





Para no detener la industrializa-

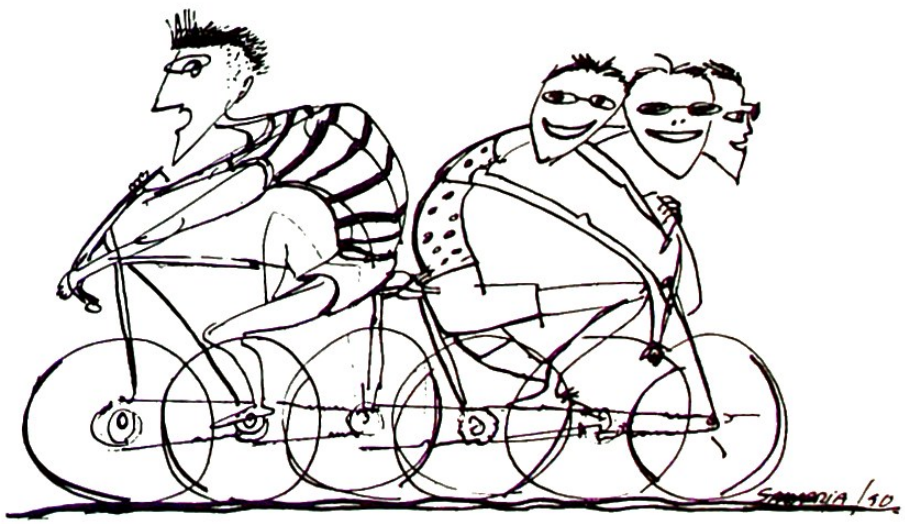
ción, a partir de la década del cincuenta, se permitió la instalación de empresas transnacionales, las cuales aprovecharían el proteccionismo para ocupar esos mercados; pero eso tampoco traía la independencia tecnológica; por otra parte la política productiva y exportadora de esas compañías era fijada en función de intereses exteriores al país, además de extraer parte de la ganancia para enriquecer a la sociedad de origen de la empresa. Para conjurar los déficits combinados de balanza comercial y presupuesto, la autonomía e imaginación de los gobernantes, sólo les permitió recurrir al ingreso de capitales extranjeros, en las modalidades más populares: inversión y empréstitos. La dependencia exterior se hizo mucho más estrecha. Cada crisis de los centros imperiales nos lo recordaría dramáticamente.

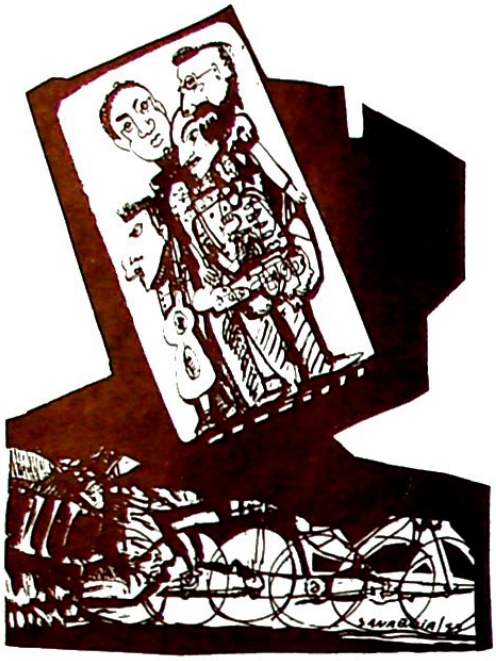
El origen de nuestros cambios

Cada transformación profunda que han sufrido los países iberoamericanos desde que son tales, ha sido inducida desde afuera y ha tenido por finalidad resolver problemas planteados en los países dominantes. La colonización respondió a las necesidades del expansionismo europeo del Renacimiento. La independencia fue el reflejo de las necesidades de la Revolución Industrial en Inglaterra. La estabilización de la segunda mitad del siglo XIX fue necesaria para satisfacer los mismos requerimientos que generaron los imperativos de la expansión imperialista. La crisis estructural del sistema a partir de 1929 aumentó el margen de acción autónoma, pero los modelos seguían siendo aquellos ya introyectados por nuestras clases dominantes. De todas maneras, constituyó el esfuerzo más importante por lograr una distribución menos desigual del ingreso. La sustitución del "populismo" por el "desarrollismo" no terminó con el proteccionismo, aunque parte de los beneficios, de todas maneras, engrosaban la riqueza de las potencias dominantes, vía ganancia de las transnacionales, patentes tecnológicas, intereses de la deuda, deterioro de los términos de intercambio, entre otras modalidades. La renovación del liberalismo fue resultado de los requerimientos de un capitalismo estancado. La globalización ha sido una necesidad, una vez más, de los países más poderosos del mundo. La unidad iberoamericana, pregonada inútilmente por tantos ideólogos antiimperialistas de la región durante casi dos siglos, irónicamente, inicia los pasos concretos para su materialización cuando en ella se interesa la potencia imperial. Mercosur, TLCAN, Iniciativa de las Américas, son las primeras manifestaciones de una unidad que ya no se realizará para defenderse de los poderosos, sino para permitirles seguir siéndolo. Por no conocerla, repetimos la historia: nos vuelven a entusiasmar con transformaciones necesarias para nuestros dominadores. Quienes encabezaron las últimas modificaciones, se jactan de haber transformado la estructura de las exportaciones, incrementando notoriamente las de artículos industriales de consumo y disminuyendo el peso relativo de las materias primas y los alimentos. Pero al observar la composición de las exportaciones industriales, descubrimos que la enorme mayoría corren por cuenta de las empresas transnacionales, no de industrias nacionales, beneficiando, ¡nuevamente!, a los intereses imperiales, no a los locales.

Ciencia y tecnología

Medio siglo atrás, los analistas, luego de intentar explicar infructuosamente la situación de nuestros países, "descubrieron" en la falta de independencia científica y tecnológica la raíz de todos los problemas. Desde las décadas de los sesenta y los setenta, la mayor parte de los gobiernos financió complejos programas encaminados a generar nuestras propias tecnologías. La prédica positivista rejuveneció. Era necesario modificar la orientación de la educación, con el fin de acrecentar la matrícula en las carre-





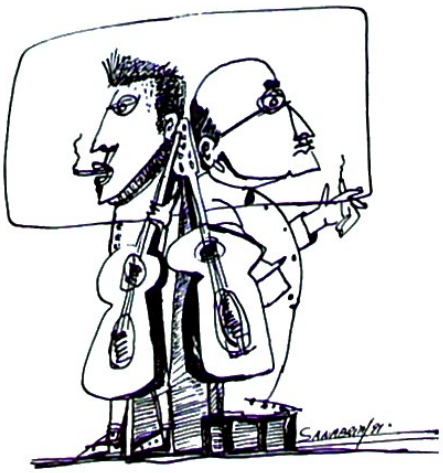
ras técnicas, disminuyendo el peso enorme de carreras como abogacía y medicina. Una activísima política de becas facultó a estudiantes y graduados para realizar estudios en los países desarrollados. Un incremento significativo del presupuesto para investigación científica y tecnológica permitió a mucha gente dedicarse de tiempo completo a esas actividades. También la "ayuda" del mundo desarrollado instaló laboratorios, mandó asesores, becó estudiantes destacados. Simultáneamente nuestros gobiernos fueron presionados a invertir crecientes recursos en educación e investigación tecnológica. La *Alianza para el progreso* no fue la única, pero fue la más publicitada de esas campañas. Nuestras universidades aumentaron el porcentaje de sus gastos en investigación. Se crearon organismos nacionales encargados de estimular, controlar y financiar proyectos de aquellos científicos que realizaban su labor en nuestros países. En los últimos años se hizo fundamental vincular las instituciones de enseñanza superior con las empresas que componían el aparato productivo del país. Aparentemente avanzabamos hacia la independencia tecnológica.

Los resultados no han sido los esperados. En parte, nuestro esfuerzo ha servido los intereses de los países ricos. Un porcentaje de la explicación proviene de las necesidades de los propios agentes. Todo científico aspira al reconocimiento de su trabajo. En forma un poco caricaturesca, podríamos decir que la inmensa mayoría de los investigadores tienen en su horizonte de expectativas un premio Nobel. Para ser reconocido por la comunidad internacional, es necesario publicar en revistas de jerarquía internacional. No son demasiadas y la gran mayoría están escritas en inglés. Ninguna se publica en castellano. Los consejos de redacción se integran con académicos vinculados a las necesidades de las industrias de su entorno, por lo cual aceptan publicar aquellos trabajos referidos a esas necesidades. Muchos de los investigadores financiados por nuestros países han realizado todos o parte de sus estudios en instituciones superiores de esos países. Generalmente, junto con los conocimientos adquirieron hábitos, costumbres y, sobre todo, valores propios de esos centros de estudio y de los países a los cuales pertenecen. También se enteraron de los temas a investigar que interesan a esos centros y a las revistas aludidas anteriormente. Cuando proponen temas de investigación, asiduamente están relacionados con las preferencias de aquellas publicaciones, con menor frecuencia se orientan a la solución de problemas del medio que financía su investigación. Durante muchos años, un alto porcentaje de las investigaciones médicas financiadas por los bolivianos buscaban formas de curar el cáncer, pero ninguna, o una ínfima cantidad, intentaban conocer a fondo el Mal de Chagas, padecimiento terrible del cual muere un porcentaje de la población mucho más elevado del que padece cáncer. La segunda es una enfermedad de regiones y grupos de población pobres, no existe en las zonas subtropicales. El ejemplo puede encontrarse en otras disciplinas y en otros países. Los organismos ordenadores de la investigación no parecen interesados en conocer la utilidad que muchas investigaciones pueden tener para el país que las financía. Dos médicos mexicanos establecieron una operación al cerebro para curar el Mal de Parkinson, con una considerable trascendencia internacional. Se hizo mucha propaganda con relación al asunto, pero nadie planteó la pregunta acerca del porcentaje de pacientes del mal en el país.

Adicionalmente, la estadía de estudiantes en universidades de los países desarrollados, permite a éstos conocer y calibrar los mejores cerebros para vincularlos y aprovecharlos a sus requerimientos. Becas, cursos, altos salarios, diferentes condiciones físicas para la investigación, son algunos de los incentivos con los cuales pueden llevarse a esas personas o convencerlas para que investiguen en sus propios países, pero en áreas prioritarias para los ricos. Adicionalmente, financiamos una parte de la investigación científica necesaria para que los países ricos profundicen la brecha tecnológica que les permite mantenernos dominados.

Las nuevas falacias

En la actualidad, también se han generalizado, como verdades de buena ley, antiguas creencias sin ningún sustento histórico. Nos parece interesante observar con un poco más de detalle algunas de ellas. Se ha reiterado insistentemente que el Estado es un empresario ineficiente y que la empresa privada es la forma más efectiva de producción. Sin embargo, la historia del capitalismo, lo es de las quiebras de las empresas privadas. Más del 90% de todas las creadas durante el capitalismo han desaparecido o han sido absorbidas por otras más grandes, más fuertes, aunque no necesariamente más eficientes en todos los casos. Con el correr del tiempo, el dominio que las burguesías han ejercido sobre el Estado les ha permitido recurrir al mismo en momentos de dificultades, haciendo recaer sobre toda la sociedad los perjuicios de su deficiente gestión. Antes, la quiebra de un banco podía significar la ruina de muchos inversionistas. Ahora no sucede eso porque el Estado cubre las espaldas. Cuando se ha sentido fuerte, la burguesía ha exigido el retiro del Estado, su "adelgazamiento", pero apenas enfrenta dificultades insalvables considera al Estado como el encargado de sacarla de puros. Entre los muchísimos ejemplos que pueden citarse, fue paradigmático el de la empresa de transporte aéreo Austral, en la Argentina. A pesar de muchos años de ganar dinero como empresa privada, la voracidad de sus propietarios les impidió realizar la reinversión necesaria a fin de mantenerla tecnológicamente competitiva. Para evitar la quiebra y la consecuente desocupación de un numeroso personal, el Estado argentino la expropió, saneó su situación y la hizo rentable; entonces volvió a ser privatizada. Con sus impuestos, todo el país pagó la ineficiencia de la gestión privada. También ha habido casos de compañías puestas en la disyuntiva de decaer o realizar una gran inversión para modernizarla. La opción de sus propietarios fue "vaciarlas", es decir, sacar todo el capital utilizable de las mismas y luego declararlas en quiebra. De muchas de éstas también se han hecho cargo diferentes estados.



En el otro extremo de la falsedad, la empresa estatal ha sido enormemente eficiente, y aún lo es, en varias partes de Europa Occidental, en Japón, entre los dragones asiáticos, en muchos países de América Ibérica, etc. Adicionalmente, cabría señalar que las empresas estatales ineficientes, pueden ser muestra de la ineptitud de los gobernantes. Cuando no hay una legislación o una tradición de respeto a la ley, es posible que ciertos dirigentes utilicen las empresas estatales para fines totalmente distintos a aquellos para los cuales fueron creadas. Las encaucen a satisfacer sus necesidades personales o de grupo y no las de la sociedad que financió su creación. Sucede muy habitualmente, cuando para dirigirlas se escogen políticos cuyas metas no son alcanzar la máxima eficiencia de la empresa sino conseguir algún otro cargo en el próximo periodo. En muchos casos, la dirección de una empresa estatal es un trampolín para una diputación, una senaduría, una gobernatura, un ministerio. De otra manera serían incomprensibles los altibajos de muchas de tales empresas, muy eficientes en ciertos periodos y tremendamente ineficientes en otros.

También para los gobiernos, es muy difícil resistir la tentación de obtener fondos de una empresa estatal cuando las dificultades económicas acucian al Estado. A cualquier empresa expoliada por causas ajenas a su funcionamiento le sería tremendamente difícil producir ganancias. En la década de los ochenta, cuando los vientos neoliberales soplaron con mayor fuerza, podemos, incluso, sospechar intencionadas muchas ineficiencias. Manejándolas en forma inadecuada se las podía tornar deficitarias y convencer a toda la población de la necesidad de su privatización, soslayando el tema de la responsabilidad de quienes las habían precipitado ha-





cia esa situación. Este mito sigue siendo repetido hasta el hartazgo por los voceros de la mayor parte de los gobiernos de este continente, cuyo propagandista más connotado parece ser Mario Vargas Llosa.

Realmente paradójico ha resultado la venta de algunas empresas estatales de países iberoamericanos a empresas estatales de países europeos, como fue el caso de la transferencia de Aerolíneas Argentinas a Iberia, o las empresas telefónicas de algunos países a la telefónica española.

Estafas

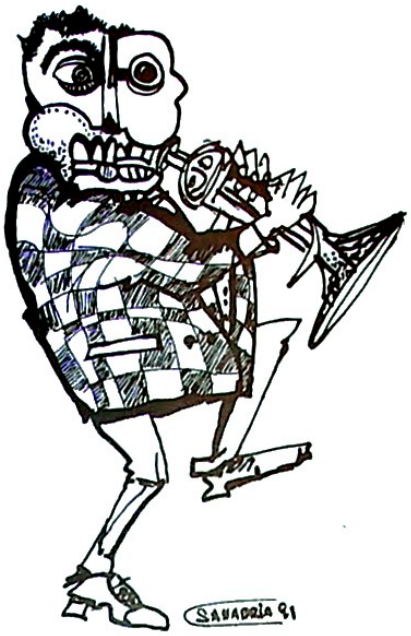
Durante mucho tiempo, en cantidad de países se estimuló la empresa privada "nacional". Por muchas décadas, la población debió pagar más caros productos de menor calidad, porque el proteccionismo hacía imposible la entrada de competidores. Con el correr de los años, algunas de esas compañías, las menos, se hicieron altamente competitivas, superándose tecnológicamente al punto de no solamente alcanzar, sino incluso, en algún caso particular, superar a los grandes consorcios de los países ricos. Esas firmas habían sido levantadas con la gestión eficiente de sus dueños, pero también con el gasto adicional de toda la población. Sin embargo, quienes disponían de la misma eran exclusivamente sus propietarios. La venta de tales negocios a un gran consorcio internacional era, de alguna manera, una forma de sustraerle a toda la población el esfuerzo hecho para llevarla al punto que había alcanzado. En México, el grupo Alfa debió ser sostenido con cuantiosos préstamos del Estado en 1982, para evitar su venta a una empresa extranjera. Años más tarde se vendería de todas maneras. La fábrica de neumáticos y productos de caucho Funsa, del Uruguay, absorbida por la Firestone, es un buen ejemplo de lo dicho.

Otro de los grandes mitos es la absoluta libertad del mercado. Quizá, en los comienzos del sistema capitalista, mientras se mantuvo en su etapa competitiva, así pudo haber sido, pero a partir de la Segunda Revolución Industrial y la aparición de los enormes monopolios, esa libertad desapareció en un altísimo porcentaje. Quienes tienen suficiente fuerza económica, pueden imponer modas, precios, necesidades. Es más, tienen capacidad para imponerle sus condiciones a cualquier Estado. Las grandes trasnacionales instaladas en nuestro continente tienen más poder que los gobiernos. Ante una situación conflictiva, la posibilidad del retiro de sus capitales y el cierre de sus plantas con el consiguiente desempleo, asustan al presidente más valiente y lo ponen rápidamente a satisfacer lo que la compañía desee. Los miles de desocupados dejados por el cierre de una fábrica, son un problema para el gobierno, no para la empresa. En la actualidad vivimos en el permanente chantaje de no poder tomar ciertas medidas para "no asustar" a los capitales y evitar su huída, tanto extranjeros como nacionales. El actual estado neoliberal sólo rinde cuentas a los propietarios del capital, cuyos menores deseos deben ser satisfechos con prontitud. De todas maneras los capitales internacionales se trasladan según la situación relativa de cada país. La democracia ya parece un obsoleto fantasma cuya permanente invocación, sustituye su presencia.

Cultura y medios de comunicación

La fuerza económica de esos consorcios les permite dominar los medios de comunicación masivos de mayor influencia sobre la gente, muy especialmente la televisión. La tan llevada y traída "libertad de prensa" no es más que la libertad de empresa. Si el Estado es débil para contrarrestar ese dominio, los grandes consorcios imponen su visión del mundo, sus metas, su escala de





valores y hasta su estética. En los hechos, ya han impuesto todo eso en la mayor parte del mundo. Las imágenes que difunde la televisión, son las "correctas", las "respetables", los modelos a imitar. Es asombroso observar cómo, los avisos de televisión, las telenovelas, las series, etc., están actuados por personas cuyas características estéticas son propias de Estados Unidos y Europa Occidental, pero nada tienen que ver con la gente que uno puede ver en las calles de las ciudades iberoamericanas, africanas o asiáticas. En México un aviso del ron Bacardí, incluye, al lado de una imagen del actor Lorenzo Lamas, una leyenda diciendo: "Auténtico como tú", lo cual constituye una agresión a la población mexicana. Fanon anotó que la forma de dominio más "limpia" y efectiva es aquella basada en la convicción de nuestra inferioridad y su superioridad. Al llegar a esa etapa no se necesita ningún mecanismo coactivo, porque cuando tengamos alguna dificultad a resolver, iremos solitos a pedirles la solución "adecuada". Nos darán la más conveniente para ellos, la cual puede no ser la más apropiada para nosotros. Aunque numéricamente son una minoría, a nivel mundial, el grado de imposición ha producido fenómenos como la operación de los ojos en países asiáticos para tenerlos "redondos como los occidentales". En cine, música y artes plásticas, los países anglosajones, especialmente Estados Unidos, han impuesto una hegemonía impensable hace medio siglo. La globalización tan invocada no es tal, es la intensificación de la difusión de los intereses y valores de los países ricos, para imponernos su cultura. Más que globalización debería llamarse uniformización. Las expresiones artísticas locales van siendo relegadas a exquisiteces de minorías, aun en sus lugares de origen. Entendemos que es un empobrecimiento cultural el producido por esta tendencia. Ya no tiene interés visitar las modernas ciudades, puesto que todas se parecen, aunque estén ubicadas en diversas partes del mundo. En materia culinaria, las cadenas alimentarias norteamericanas llevan a cabo una tarea similar.

El capital

¿Qué es el capital? Generalmente, la gente concibe el capital como un monto de riqueza, expresada en dinero, aplicado a la producción, los préstamos, el comercio o la especulación. Nadie toma en cuenta la forma en que se acumularon esos montos dinerarios. Si le tomamos la palabra al padre de la economía política y del liberalismo económico, la única forma de crear riqueza es mediante el trabajo . Entonces, el capital es trabajo acumulado expresado en forma de dinero. Si el capital de una persona fuera el trabajo acumulado por su exclusivo esfuerzo, seguramente pocos habrían objetado su derecho a disponer del mismo como mejor le placiera. Pero no hay ninguna persona capaz de acumular el capital de ciertas empresas, familias o individuos, por sí solos. Generalmente, las grandes acumulaciones de capital son el producto del trabajo de muchísimos individuos, aunque sólo una minoría es la encargada de administrarlo y manejarlo. Podríamos deducir la adquisición de ese derecho por haber demostrado ser el grupo más eficiente en esa tarea, pero si tomamos en cuenta la enorme cantidad de quiebras de las empresas privadas capitalistas, esa deducción carece de fundamento. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a una situación en la cual quienes se apropiaron de ese trabajo acumulado de casi toda la humanidad, lo utilicen para determinar lo que debemos hacer todos? ¿No cuestiona esto la creencia de que el hombre es el animal más inteligente de la naturaleza?

Aparte de estas proposiciones ideológicas encaminadas a conseguir legitimación en la sociedad, la expansividad del capitalismo ha realizado el despilfarro de recursos



naturales más extraordinario que haya conocido el universo. Increíblemente, ninguno de los críticos del capitalismo señalaron este problema. Recién ahora, cuando la extinción de muchos recursos es algo que ha ingresado en el horizonte de posibilidades de la humanidad, hemos empezado a atisbar los límites a ese crecimiento sostenido de la producción para mantener próspero al sistema capitalista. También la inequidad de ese gasto. En menos de dos siglos, una minoría de la población mundial habrá acabado con las reservas petroleras del mundo, cuya creación le ha tomado miles de años a la naturaleza. El estímulo a la utilización del automóvil individual, para incrementar las ganancias de ciertas compañías, aunque en forma menor, ha contribuido a ese agotamiento y esa desigualdad creciente entre diferentes partes de la población mundial. Éste es solamente uno de los muchos ejemplos posibles.



La cuestión demográfica

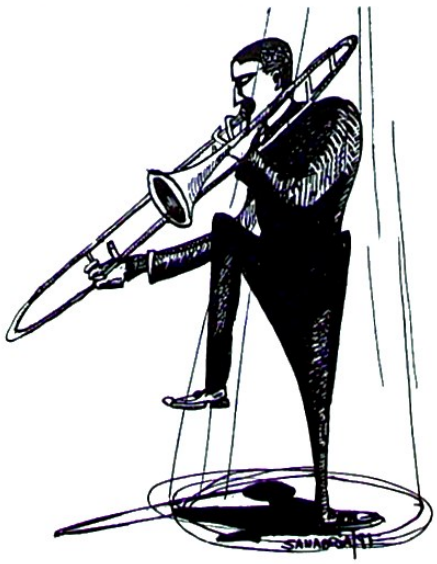
Entre los elementos que integran el concepto de Revolución industrial, proceso junto con el cual se inicia el capitalismo actual, está la llamada Revolución demográfica. Según lo establecen los especialistas, a partir de 1740 se inicia, en Inglaterra y Francia, un desusado incremento de la población, cuya culminación, en la década de los cincuenta de este siglo, llevó a los países industrializados europeos a situarse entre los de mayor densidad demográfica del mundo. El desarrollo de tecnologías más productivas permitió alimentar a más población, rompiendo la "barrera alimenticia" característica del antiguo régimen. Cuando eso no era posible, la importación de alimentos de territorios coloniales o neocoloniales fue una alternativa. Había cierta lógica en el acompañamiento de esas variables. Al depender de la ampliación permanente del mercado, el capitalismo necesita, no solamente mayor consumo de cada individuo, sino también el aumento constante de éstos. El "despegue" de todas las primeras sociedades industrializadas se basó en el mercado interno. Con excepción de Inglaterra, la primera, los demás países se desarrollaron a partir de un férreo proteccionismo. No parece casualidad que, exceptuando Estados Unidos de Norte América y Canadá, todos los países del G-7 posean una densidad poblacional superior a 200 habitantes por kilómetro cuadrado. Con el correr del tiempo, esa "explosión demográfica" se fue trasmitiendo a muchísimos otros países, aunque en ellos no hubiera desarrollo económico. En estos casos, la trasmisión de vacunas, nuevas medicinas, la adopción de normas de higiene y hasta la modificación de los hábitos alimenticios, inducidos desde afuera, redujeron considerablemente la tasa de mortalidad, sin modificaciones del ámbito cultural para determinar una equivalente disminución de la de natalidad. El equilibrio entre ambas tasas se produjo en los países ricos sin presiones exteriores de ningún tipo. El avance de hábitos urbanos obró naturalmente para disminuir los nacimientos, al punto de alcanzar un crecimiento cero e, incluso, una disminución en algunos casos. Cuando ocurre esto último, esos países implementan de inmediato acciones para estimular los nacimientos. En cambio en los países subdesarrollados, se han organizado campañas de control de la natalidad, impulsadas y, en parte financiadas, por los países ricos. ¿No es extraño que financien fuera de sus fronteras, en regiones mucho menos densamente pobladas, lo contrario de lo que estimulan dentro de sus territorios? De todas maneras, aquí los resultados no han sido tan satisfactorios como los de la regulación espontánea.

Medio ambiente

Ligado al problema demográfico, otra de las consecuencias del incontrolado crecimiento capitalista ha sido el deterioro del medio ambiente. No es necesario abundar demasiado sobre la contaminación, porque la vivimos diariamente en el aire que respiramos, en las aguas donde nos bañamos, en los alimentos que ingerimos. Sin embargo, es significativo que se hable mucho menos del adelgazamiento de la ca-

pa de ozono. Antes podía no preocupar, ya que el agujero se emplazaba sobre el polo sur, afectando a poblaciones pobres. Pero ahora podría afectar también al norte, donde están los países ricos. Algunos investigadores han aventurado hipótesis acerca de las nuevas enfermedades surgidas en el mundo, viéndolas como mutaciones de antiguos y conocidos virus, cuya nueva peligrosidad podría deberse a una transformación producida por la penetración más libre de los rayos ultravioletas en la atmósfera. Hace tres o cuatro décadas, todavía los médicos aconsejaban a las madres hacer tomar sol a sus hijos para adquirir la vitamina D. Ahora deben aconsejar esconderlos del sol directo porque el cáncer de piel, entre otras enfermedades, se ha extendido notablemente.

Lo no descubierto por los críticos del capitalismo, antes de la segunda mitad de este siglo, fue la relación del hombre con el medio ambiente. No eran las relaciones sociales las encargadas de cambiar el sistema; era el planeta, al llegar al agotamiento de sus recursos. La tremenda explosión demográfica del Tercer Mundo ha puesto en la orden del día el tema de la cantidad de población que puede sostener este mundo. Algunos ya han pensado en viajes espaciales para explorar las posibilidades de llevar la vida a otros puntos del espacio. No contentos con aniquilar éste, parece que desean hacerlo también con otros. A pesar de los avances tecnológicos acelerados generados en este siglo, todavía se presenta como impensable cualquier posibilidad en ese sentido. La ciencia ficción ha creado en la gente la convicción de la probabilidad de los viajes intergalácticos, sin embargo estamos muy lejos de la factibilidad de trasladar masivamente seres humanos fuera de nuestro sistema planetario.



Comentando el libro de Paul Kennedy, *Preparing for the twentyfirst century*, Oscar Zanetti Lecuona, asombrado ante "lo que se le viene encima a la generación que nos sucede", acota: "Es curioso cómo desde una perspectiva capitalista puede desarrollarse tal inventario sin entrar en una crisis de conciencia".

Inestabilidad política y social

El sistema capitalista valoriza ciertas actividades y desvaloriza otras. Un deportista, un creador, un artista destacados pueden hacerse inmensamente ricos en poco tiempo, mientras un trabajador, un campesino, un profesor, jamás alcanzarán esos niveles de riqueza aunque trabajen arduamente durante toda su vida. Dejado funcionar libremente, sin ningún tipo de control o restricción, el capitalismo genera desigualdades enormes entre diversos sectores de la población. La experiencia histórica indica que el descontento derivado de esas desigualdades materiales engendradas por el sistema, especialmente en su



modalidad liberal, han conducido a una situación social explosiva. Los avances tecnológicos incrementan las posibilidades de los inconformes con el orden establecido. El terrorismo y la violencia han alcanzado las cotas más elevadas conocidas hasta ahora y todos están expuestos. También se ha globalizado el crimen organizado y la venta clandestina de armas sumamente sofisticadas. Los traficantes de drogas han alcanzado un poderío económico equiparable al de los grandes potentados del sistema. El traslado de grandes capitales a actividades "legales" está mezclando viejos y nuevos acaudalados, en una alegoría significativa. La analogía entre millonarios "legales" y "delincuentes", recuerda el paralelo trazado por Bertolt Brecht entre los gangsters de la época de la "ley seca" norteamericana en Chicago y los políticos nazis alemanes en *La irresistible ascención de Arturo Ui*. Los hombres ricos han debido comenzar a gastar enormes sumas en la protección de su persona y la de sus familiares. También los políti-

cos. Quedaron en el recuerdo los presidentes que paseaban por las calles, mezclándose con la gente, como Jorge Alessandri en Chile, quien acostumbraba ir caminando por la Alameda de Santiago, de su casa al palacio de La Moneda luego de la comida. Alberto Heber, presidente del Consejo Nacional de Gobierno, a mediados de los sesenta, en Uruguay, ocasionalmente salía del Palacio Estévez, en Montevideo, e iba a una rinconada de la Plaza Independencia a comer pizza. La gente solía interpelarlo por la situación del país y hablaba libremente con cualquiera.

¿Cuáles son las metas?

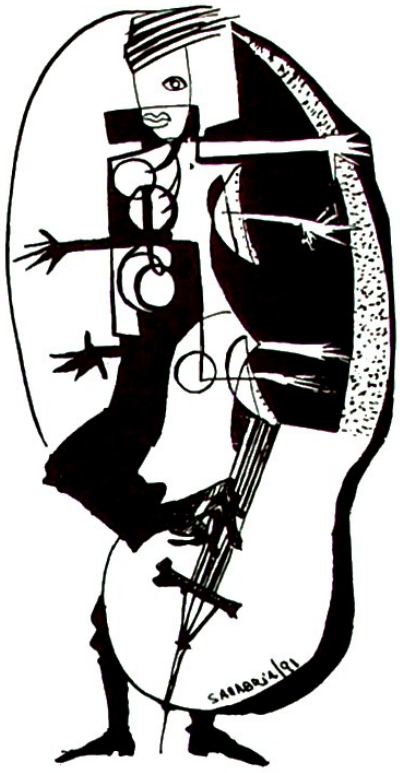
La vida diaria de mucha gente se ha ido deteriorando por las tensiones derivadas de las exigencias de la eficiencia, por la inseguridad callejera, por el aumento de la violencia. La vida moderna incrementa las tensiones. Horarios, actividades diversas, necesidad de multiplicarse, producen enfermedades y malestares propios de la "civilización". El cine y la literatura norteamericanas muestran algunos de los extremos a donde ha conducido el desarrollo capitalista. Una sociedad sin metas más atractivas que riqueza y confort material, genera drogadicción y otras formas semejantes de "invertir" la vida. Cuando la juventud no tiene altos ideales a los cuales dedicar su vida, cuando no existe ninguna mística que los aliente a ciertas formas de superación, lo único que les queda es intentar vivir "lo mejor posible", sin preocuparse de nada, ni asumir responsabilidades. Les han prometido una vida excitante y hermosa y se encuentran con rutinas aburridas, cansadoras y poco atractivas, para las cuales no hay justificación eficaz. No es casualidad que una gran parte escoja la drogadicción. Si la vida será esa monotonía, muchos piensan que es preferible buscar otras fuentes de excitación. Sería preferible una vida más corta pero más "activa". ¿Para qué quieren un largo tedio? No solamente de su música se derivó la enorme popularidad de Jimmy Hendrix; su fama fue mucho mayor luego de su deceso. La cultura de masas ha generado una serie de estímulos intensos, haciendo perder el gusto por los placeres más matizados, por las pequeñas bellezas que la vida puede ofrecer al que sabe gustarlas. La droga también ofrece "emociones fuertes". Desde Marinetti, pero especialmente desde el fascismo, se ha difundido la ideología de "vivir en peligro". Los jóvenes, despojados de las grandes ideologías que encendieron a generaciones anteriores, prevén desde muy temprano lo que puede ofrecerles la vida y escogen, aunque no siempre tengan todas las cartas en la mano. Parecería que se les brinda la posibilidad que los dioses concedieron a Aquiles: optar entre una vida "larga y apacible" o "corta e intensa".



Lo llamativo de la situación es cómo, conociendo la situación a la cual el capitalismo ha llevado a las sociedades opulentas, en los países pobres todavía pretendemos imitarlos y alcanzar su situación actual. ¿Es verdaderamente tan envidiable la actualidad de esas sociedades despojadas de todo aliento vital que no sea la acumulación de bienes y confort materiales, tremendamente violentas y altamente adictas a todo tipo de drogas? Lo interesante es cómo estos temas nunca se discuten en nuestras sociedades; parecería que todos los partidos políticos coincidieran en cuanto a esas metas y sus discrepancias se limitaran a las vías por medio de las cuales podemos llegar a ser "como ellos". Es sintomático el no mencionar jamás un tema tan trascendente como el futuro que queremos construir, distrayendo la atención con un "desarrollo" que se limita a crecimiento económico y se ha traducido hasta ahora en mayor subdesarrollo. La última patraña ideológica es el "desarrollo sustentable", como si la naturaleza pudiera "sustentar" el desarrollo de toda la humanidad hoy subdesarrollada.

Otro tema intocado es la posibilidad de alcanzar el nivel de esas sociedades. Desde los orígenes del sistema capitalista, los países ricos han utilizado al resto del mundo en función de sus necesidades. Crearon, de esta manera, carencias y desniveles de todo tipo en sociedades anteriormente autosuficientes

y equilibradas. Las grandes transformaciones ocurridas en el mundo y, particularmente, en nuestro continente, fueron siempre inducidas desde afuera para adecuar nuestra producción a las necesidades de los países ricos. Se suele responsabilizar a Porfirio Díaz por la "estabilización" de México en el último tercio del siglo pasado, pero es absurdo hacerlo responsable de la misma "estabilización" en los demás países del continente. Ha sido posible atribuir a Salinas de Gortari la implementación del neoliberalismo en México en la última década, pero no se le puede responsabilizar de la misma acción en los otros países donde se ha llevado a cabo la misma política. Es evidente que ambos procesos fueron el resultado de fuerzas que actuaban muy por encima de las voluntades particulares de Porfirio Díaz y Carlos Salinas de Gortari; fuerzas que se generaron en el mundo desarrollado. Cada una de esas transformaciones han sido presentadas como la posibilidad, ahora sí la buena, de alcanzar el "desarrollo", es decir, de trasformarnos en iguales a aquellos países ricos tomados como modelos. Pero nunca lo alcanzamos, por el contrario, cada nueva etapa ha generado nuevos problemas cuando aún no habían sido solucionados los generados en la etapa anterior. Hemos sido acumuladores de rezagos durante varios siglos. Braudel quedó maravillado en San Pablo, Brasil, cuando descubrió la coexistencia de varios "tiempos" históricos en extensiones territoriales relativamente pequeñas. Con el correr de las décadas, la distancia entre ellos y nosotros se ha incrementado en lugar de reducirse. Seguimos moviéndonos tratando de alcanzar la misma zanahoria.



Esa posibilidad es otra falacia, no solamente por lo ya visto. Aunque nuestra opción consista en alcanzar a los países más ricos del mundo, jamás podríamos lograrlo. El mundo ya no es conquistable y no podemos poner a otras sociedades a trabajar en beneficio nuestro, como hicieron ellos en otros tiempos. Los famosos "dragones asiáticos" intensamente propagandeados como modelos a seguir son, o ciudades como Hong Kong y Singapur o países muy pequeños como Taiwán y Corea, pero más intensamente poblados que los europeos. También son países que han estado por años en el ojo del huracán de la Guerra Fría. Por si fuera poco, la vía que los llevó a su situación actual, es diametralmente opuesta al neoliberalismo recomendado a nuestros países.

Pero sí podemos ponernos a edificar una forma de organización social, política y económica alternativa. Lo terrible de esta disyuntiva es que se necesita creatividad y hemos sido enseñados a copiar. Nuestra admiración por "ellos" nos impide concebir opciones diferentes a su forma de vida. Esto es parte de la dominación cultural. Nos menospreciamos y somos incapaces de creer en la posibilidad de organizar nuestras sociedades de alguna forma no sancionada con la bendición de los ricos. Aquí se centra una de las peores condenas de nuestro colonialismo cultural. La poca seguridad en nosotros mismos. Ningún modelo del pasado nos puede servir, porque la situación demográfica y tecnológica del contiente hace inviable formas de organización exitosas en otros tiempos. Nuestra única posibilidad es la invención, no desechando todo lo existente, sino analizando las partes utilizables en el nuevo modelo. Caminando lentamente, paso a paso, poniendo mucho cuidado en las consecuencias no deseadas de los cambios que implementamos, para poder retroceder de inmediato y estudiar otras formas de alcanzar esas metas sin sacrificar a la gente, sin castigar a ningún sector si fuera posible, pero preservando a los más desvalidos si no se pudiera. Sólo de esta manera podremos albergar la esperanza de ser realmente independientes y democráticos algún día •

Bibliografía

ADAM SMITH, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, 4a. reimpresión, 1984, Introducción al Libro segundo, pp. 250 y 251.

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE CUBA, doctor en historia por la Universidad de La Habana, carta personal.